

José Antonio Trejo Sánchez
Sociología de la juventud: breve estado de la cuestión
Espacios Públicos, vol. 8, núm. 16, agosto, 2005, pp. 157-170,
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67681611>

Espacios
Públicos

Espacios Públicos,
ISSN (Versión impresa): 1665-8140
revistaespaciospublicos@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Sociología de la juventud: breve estado de la cuestión

Fecha de recepción: 7 de abril de 2005. Fecha de aprobación: 20 de mayo de 2005.

*José Antonio Trejo Sánchez**

RESUMEN

Estudiar a la juventud, ha generado ya una generación completa de especialistas y numerosos estudios de caso en México y América Latina. Razones académicas, intelectuales y de orden social han influido en esta generación de juvenólogos. Dada la diversidad de enfoques usados para su estudio, conviene generar un primer estado de la cuestión para evaluar la pertinencia de las perspectivas teóricas que se han presentado al momento. A continuación un breve repaso para abordar la posibilidad de una sociología de la juventud.

INTRODUCCIÓN: LO JUVENIL, DIAGNÓSTICO DE NUESTRO TIEMPO

Más allá de las cuestiones generacionales, sustentadas en el dicho: "los jóvenes serán los ciudadanos del mañana" y de las expectativas que políticos, periodistas y algunos especialistas ponen en la juventud, al demandar de aquellos los valores y compromisos de un ciudadano ideal, se encuentran problemáticas más sustantivas que determinan el interés por esta exploración social desde lo juvenil.

Diversos estudios señalan, que los jóvenes se han desapegado del interés por la participación política formal y que es creciente su incredulidad respecto a los partidos políticos y los liderazgos tradicionales de nuestra sociedad. Los resultados de estas investigaciones recientes indican el declive del prestigio de las instituciones en general, incluyendo las políticas, y el desplazamiento de la atención y el interés, del campo de los argumentos racionales al terreno de las especulaciones emocio-

* Profesor-investigador de Tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la UAEM. Candidato a Maestro de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

nales y místicas (Teixeira, 1999). De alguna manera, la juventud se caracteriza por su acercamiento a orientaciones fundamentalistas de acuerdo con valores de orden más cultural que económico. Se estaría constituyendo en el universo juvenil un nuevo clima cultural con relación a la forma, relativamente reciente, que los jóvenes tienen de vivir y sentir su condición y situación en la sociedad contemporánea.

Así pues, cada vez más las identidades juveniles emergentes revelarían una nueva especificidad cultural: la posmoderna. El desencanto político, el desgaste de los discursos dominantes y el deterioro de los emblemas aglutinadores, aunados a la profunda crisis estructural de la sociedad mexicana, conformarían el escenario de miles de jóvenes que recodifican el mundo entre un escepticismo y un idealismo lejano a los movimientos contestatarios y reivindicativos de los años sesenta y setenta (Reguillo, 1997). A partir de los ochenta y, considerando también los noventa, la juventud se acercaría a un nuevo modelo de identidad y participación social.

Algunos estudiosos, han coincidido y hecho mención en sus trabajos de este nuevo clima cultural. Producto de los recientes cambios en la economía, la política y la tecnología, las sociedades contemporáneas estarían enfrentadas a un ciclo de desencanto e incertidumbre permanentes. Esta inestabilidad obligaría a generar nuevas formas de sobrevivencia social y cultural. La hipótesis central de este enfoque parece apuntar a la idea de que los jóvenes tienen problemas de identidad y que su tratamiento requiere de un espacio seguro y protector. Un rasgo común de es-

tos grupos juveniles es el tipo de relación tensiva-pasional: tienden a conferir a su propia existencia mayor tensión que la habitual en su sociedad y un grado mayor de pasión (Pérez Tornero, 1996). Son nuevas sub-culturas, por configurarse al margen de la sociedad convencional, que abren de unas fuentes subterráneas y primitivas de la sociabilidad que les conectan con una sensibilidad más apasionada, más tensa y vital, aunque focalizada y alejada de los principios y mecanismos de organización tradicionales: a) de la importancia de la organización político-económica, se pasa a la importancia de las masas y los estilos de vida; b) del sentido del individuo —establecido según la función— se pasa a la persona (rol); c) y de los grupos contractuales se pasa a las tribus afectivas (Pérez Tornero, 1996: 34).

Al sentido organizador de la burocracia contemporánea y los principios abstractos que rigen las sociedades modernas, se oponen compulsivamente el sentido de pertenencia (territorio) y el afecto comunitario (nosotros). Esta idea de un tribalismo emergente o neotribalismo contemporáneo (Maffesoli, 1990), hace suponer que los jóvenes comparten similitudes y condiciones estructurales comunes a casi todas las grandes metrópolis, que permiten y favorecen el surgimiento de grupos, que tienden a situarse al margen de la rutina social y de lo que puede considerarse oficial en una cultura. En este sentido, parecen oponerse, abierta y, en ocasiones violentamente, al paradigma individualista que ha sido, de alguna manera, el modelo dominante durante la modernidad.

Los diagnósticos que al respecto coinciden, señalan la expansión de una serie de identidades ancladas en estilos de vida emergentes, un repliegue respecto a la sociedad en general y una identidad social teñida por la anomia, marginalidad o subterranidad, producto de la pérdida de capacidad cohesiva de una sociedad cada vez más abstracta y aislacionista.

Ya la filósofa social, Ágnes Heller, había llamado la atención sobre esta nueva condición sociocultural en nuestro tiempo. Como producto de una sucesión de tres oleadas generacionales, tenemos que después de la Segunda Guerra Mundial en el siglo XX, se han creado nuevas pautas de vida y la expresión de nuevas culturas en la vida cotidiana de las sociedades occidentales. Afectando principalmente el núcleo de vida de los jóvenes, tenemos que el *existencialismo*, la crítica a la *alineación* moderna y la generación *posmodernista*, han cimentado nuevas formas de experiencia vital y de culturas juveniles en el mundo. Primero, mediante la rebelión de la subjetividad, que combinó la politización de la libertad y la relativización de la cultural occidental-burguesa, se implantó la posibilidad de liberarse, de practicar una experiencia de vida propia y existencial (de posibilidades ilimitadas). Para sucederse, una segunda generación, que creció con el *boom* económico de posguerra y encontró razones para rebelarse contra la opulencia y la ideología de la abundancia occidental, volviendo más colectiva la apuesta por la libertad y más diversa al colocar la experiencia psicodélica, la comuna hippie, la liberación sexual y la sen-

cillez rural como momentos "radicales" de su desenvolvimiento. Y una tercera generación, que a partir de 1968, significa la expansión y predominio de las experiencias anteriores. Es decir, una oleada que sin ser del todo conservadora o radical, hace posibles todos los tipos de movimientos artísticos, políticos y culturales (Heller, 1989: 240).

Se trataría entonces del advenimiento de una nueva condición social. Que afecta a los jóvenes, a pesar de su estrecha convivencia con la cultura mass-mediática contemporánea (música, moda, tecnología), presente en sus percepciones y valores. Precisamente por ello, su circunstancia, resulta un tanto paradójica: alejamiento y repliegue de los sistemas normativos e institucionales de su sociedad; mientras se cultiva una sensibilidad más apasionada, tensa y vital. Los objetos y horizontes para la acción social, se han vuelto intuitivos e introyectivos, más que proyectivos y racionales. No es que estemos frente a una anomia o marginalidad de ruptura, sino que las percepciones, los valores y las apuestas sociales de estos jóvenes han mudado y cambiado de naturaleza.

Sin embargo, tendríamos que hacer una advertencia y ajuste interpretativo. Si bien, en las metrópolis europeas y estadounidenses, este neotribalismo alimenta toda una suerte de expresiones y sub-culturas juveniles, apocalípticas, melancólicas y agresivas (punks, darkis, neofascismos, hooligans), no debemos olvidar y pasar por alto nuestra especificidad latinoamericana.

IDENTIDADES JUVENILES: ENTRE LA INDIGNACIÓN Y LA INDIFERENCIA

No es nada escaso lo que se ha escrito sobre el comportamiento e identidad de los jóvenes en México. En principio, se acepta que la juventud ha adquirido nuevos modos de vida y nuevas expresiones en varios niveles, al interior del universo social y territorial de las ciudades. Pero la juventud mexicana, es una juventud de corte popular que habita tanto en las precarias y deterioradas vecindades céntricas como en las colonias populares y en la zona metropolitana de la ciudad de México (normalmente en condiciones de extrema pobreza), ha ido construyendo "modos de vida" y formas de sobrevivencia económica y social con rasgos muy distintivos (Castillo, 2002).

En el curso de los últimos lustros, los países de América Latina han atravesado una prolongada crisis, al tiempo que han comenzado a experimentar una profunda transformación estructural, hallándose en la actualidad en plena fase de transición hacia un modelo de desarrollo claramente distinto al que tomara forma en la inmediata segunda posguerra y en la década del 60.

Es innegable que existen especificidades regionales y nacionales que impiden realizar generalizaciones excesivas acerca de distintos fenómenos del ámbito económico y social en América Latina. Sin embargo, pueden extraerse algunos "hechos estilizados" que —en el ámbito tanto global como microsocioal— resultan válidos en gran medida para la mayor parte de los países de la región.

"El último decenio se ha caracterizado no sólo por síntomas de recesión económica, sino asimismo por la disminución relativa —y aun a veces en términos absolutos— del número de asalariados, que sólo se revierte en algunas coyunturas de reactivación. En relación con ello, se advierte un aumento o en su defecto un alto nivel, de las tasas de desempleo y subempleo. Entre los grupos más afectados por el desempleo y la subocupación se hallan las mujeres y los sectores de edad extrema, es decir, la población laboral más joven y más madura" (Sánchez, 1992: 121).

En México, ya el sociólogo Sergio Zermeño adelantaba, con un estudio en los barrios y colonias populares de la ciudad de México, esta dinámica de la exclusión y una ruta pesimista para verificar la nueva condición sociocultural del país. Una observación compartida por la mayoría de los juvenólogos.

"La escuela, institución que con anterioridad generaba expectativas de movilidad social ascendente demuestra hoy, en los hechos, una limitada capacidad para lograr ese objetivo. El mundo del trabajo por su parte, no ofrece ya un amplio abanico de opciones ocupacionales sino que, por el contrario, presenta fuertes barreras para que un joven con escasa o nula calificación manual u ocupacional dispute un lugar en un mercado que se ha estrechado con las crisis recurrentes. Por su parte la cultura, los valores, los comportamientos tradicionales de la sociedad ya no son los suyos, ya no los incorporan tal como lo hicieron las generaciones anteriores. La familia parece debilitarse frente a la imposibilidad de

ofrecer a sus miembros jóvenes un espacio de socialización primaria fuerte, contenedor, capaz de orientar, como los hizo tradicionalmente, una de las etapas más difíciles del ser humano: la juventud" (Castillo, 2002: 58).

El aumento de la exclusión, en tantos frentes, modela una identidad restringida y profundamente desarraigada. Ser joven en Latinoamérica, significa afrontar la exclusión y la desesperanza, no como resultado de la hipermodernidad, sino como resultado del precario acceso a la misma. La particularidad del universo juvenil, se configura entre la violencia cotidiana y la incertidumbre permanente, que como describe la investigadora Verónica Zubillaga (2001), para el caso venezolano, produce rasgos comunes; en términos subjetivos, la exclusión se vive como una expulsión, como la injusticia de estar en un lugar de vías cerradas.

En la total exclusión, el joven sabe que no tendrá acceso a profesiones u oficios reconocidos y valorizados (sean consensuales o críticos de su realidad) y menos aún bien remunerados. Así, esta situación se refleja en la falta de apego a las instituciones accesibles, por cuanto su precariedad es tan explícita que se intuye la falsedad de la promesa, el simulacro de participación. Se "sabe" el destino forjado por la penuria de las instituciones y recursos accesibles: más fragilidad y privación, que en nada se relaciona con el esfuerzo personal.

Por otro lado, esta situación tiene que ser considerada en el marco de una nueva exclusión, la de la sociedad global. Así, en

un escenario de economía y comunicación globales, donde los medios de comunicación tienen una plaza cada vez más importante y donde se difunden con mayor fuerza los modelos culturales y de consumo de las economías dominantes, la contradicción entre exclusión social y expectativas de participación en el consumo se acentúa notablemente" (Zubillaga y Briceño, 2001: 173).

El desapego que muestran los jóvenes por el mundo de la política y su escasa participación en partidos y organizaciones políticas formales, se explicaría más por un cambio en su relación con la política, que por un estado de desinterés generalizado y ausencia de algún tipo de compromiso, participación o proyecto al respecto. Como advierte José Teixeira Coelho, para el caso de Brasil, no debe entenderse de un modo necesariamente apocalíptico, observación recurrente en el análisis de los llamados investigadores posmodernos (Pérez Tornero). La idea de lo político, de la cosas política, no está muerta o ausente entre los jóvenes, sino que tal vez se manifiesta de otro modo. Es posible que esté en descenso la política entendida tradicionalmente y ahora ascienda un *modo urbano* (y/o *sub-urbano*) de la política: la política en cuanto relación de convivencia en la ciudad (pese a la violencia), la política en cuanto idea de convivir, en cuanto nueva socialidad.

"Las relaciones que prefieren los jóvenes son las que se dan de un modo directo e inmediato, sin la mediación de alguna cosa u objeto como la obra cultural, eventual pretexto para el intercambio simbólico, y sin la mediación de un agente, como en el

cuadro político-institucional tradicional" (Teixeira, 1999: 197).

Nueva socialidad, creada por la mediatización y los fenómenos de la sociedad global, pero atrincherada en las duras realidades de la exclusión y las crisis recurrentes en América Latina. Lo juvenil lo es no sólo por situaciones estructurales de las sociedades tardomodernas (ocio, extensión del tiempo de vida, consumo), sino también por los diversos contextos en que tiene lugar su experiencia y condicionamiento social (marginalidad, violencia, desempleo, represión).

EL ESTUDIO DEL UNIVERSO JUVENIL EN MÉXICO

La condición juvenil en México, ya ha sido desarrollada con amplitud y ya son numerosos sus estudiosos y especialistas (juvenólogos). A lo que tenemos que añadir, la existencia de un Instituto Mexicano de la Juventud, que se encarga y garantiza políticas públicas de atención a este sector o actor social. Para fines oficiales, ser joven en México significa una categoría de edad (15 a 29 años), que tiende a ser complementada con otros criterios para la construcción de políticas y programas consistentes (Jóvenes..., 2000).

No deja de reconocerse con ello, la aportación del ámbito académico, que ha generado una visión distinta, que gira en torno al proceso de "conformación de identidades juveniles", la cual consiste en que los jóvenes se identifican con grupos o comunidades que les permiten construir su propia identidad y esto se traduce en

una diversidad de culturas juveniles que surgen al interior de la sociedad (Jóvenes..., 2000).

Esta perspectiva propone que son los jóvenes quienes en su relación "intersubjetiva" con sus pares (casi siempre grupal), se van identificando o adscribiendo a grupos o comunidades (reales o virtuales) que les permiten construir su propia identidad, por lo tanto lo juvenil, se expresa:

- Como un concepto relacional. Sólo adquiere sentido dentro de un contexto social más amplio y en su relación con lo no juvenil (interacción con categorías como las de género, étnicas y de clase social).
- Históricamente construido. No ha significado lo mismo ser joven ahora que hace veinte años, el contexto social, económico y político configura características concretas sobre el vivir y percibir lo joven.
- Es situacional. Por lo que responde sólo a contextos bien definidos, en tanto se debe de evitar las generalizaciones, que hacen perder lo concreto y lo específico del caso.
- Es representado. Pues sobre lo juvenil se dan procesos de disputa y negociación entre las "hetero-representaciones" (elaboradas por agentes o instituciones sociales externos a los jóvenes) y las auto-percepciones de los mismos jóvenes. En algunos casos ambas coincidirán, en otros se establecerán relaciones conflictivas o de negociación, donde se limita quiénes pertenecen al grupo juvenil y quiénes quedan excluidos.

- Cambiante. Se construye y reconstruye permanentemente en la interacción social, por lo tanto, no está delimitado linealmente por los procesos económicos de otro tipo, y aunque éstos inciden, el aspecto central tiene que ver con procesos de significado.
- Se produce en lo cotidiano. Sus ámbitos de referencia son íntimos, cercanos, familiares: los barrios, la escuela, el trabajo, etcétera.
- Pero también puede producirse en lo imaginado. Donde las comunidades de referencia tienen que ver con la música, los estilos, la internet, etcétera.
- Se construye en relaciones de poder. Definidas por condiciones de dominación/subalteridad o de centralidad/periferia, donde la relación de desigualdad no implica siempre el conflicto, pues también se dan procesos complejos de complementariedad, rechazo, superposición o negación.
- Es transitoria. Donde los tiempos biológicos y sociales del joven o la joven en lo individual, los integran o expulsan de la condición juvenil, a diferencia de las identidades estructuradas/estructurantes que son perdurables (como las de clase, étnicas, nacionales, de género) (Jóvenes..., 2000: 15).

Desde nuestra práctica etnográfica y nuestra preocupación por la construcción de identidades como parte de la acción social, estas premisas nos vienen bien. Ya que esta será plural y heterogénea, necesita ser ubicada en un contexto y una práctica cultural específica. La identidad juvenil tiene que

ser reconstruida como un proceso social, donde su orientación o significado cultural tendrá que dilucidarse y derivarse de su propia condición de existencia, de su relación con los poderes establecidos y de su propia producción imaginaria (simbólica y cultural). La cotidianidad, la construcción imaginaria y su relación con los órdenes establecidos serán las situaciones a analizar en nuestro trabajo.

En este camino, la existencia juvenil adquiere significación a partir del momento en que se establece una diferenciación cultural con los demás sujetos sociales (Brito, 2002). Nos parece pertinente, atraer a nuestro estudio la tesis de que la construcción del "sujeto juvenil" se debe más a la "divergencia" que a la "convergencia". Tesis donde se plantea que la identidad juvenil se logra a través de una praxis, la que aparece al diferenciarse de los demás procesos de integración y afinidad. Por ello, se recupera la categoría de "praxis divergente" para conceptualizar el proceso de construcción de las identidades juveniles a partir de la desidentificación con los grandes objetivos y valores culturales dominantes (Brito, 2002: 43). Los jóvenes adquieren relevancia social en el momento en que su conducta difiere de manera colectiva y singular del resto de la sociedad. La "praxis juvenil divergente" permite identificar una diferenciación que va más allá de la mera edad o la maduración biológica en la construcción de identidades juveniles. La diferenciación cultural a través de la praxis, permite rebasar el ámbito de significación del simple relevo generacional de la fuerza de trabajo.

En este sentido, las identidades juveniles adquieren relevancia en la medida en que se diferencian de los demás, al generar su propia especificidad, a través de una praxis social diferenciada o disidente. Esto no quiere decir, que los jóvenes integrados o convergentes no sean dignos de reconocerse, sino que la divergencia es la verdadera esencia de la identidad juvenil. Nuestro autor considera que mientras más divergente es la praxis juvenil, mayor significación adquiere en la sociedad, mayor distinción alcanza. Mientras mayor sea su acercamiento al mundo adulto menor será praxis divergente de joven. Adoptará los roles o las determinaciones profesionales, sociales y culturales de otra identidad social.

De esta manera, se puede reconstruir una historia de la juventud. A partir de sus divergencias con el mundo adulto o la sociedad institucionalizada. Ya Carlos Feixa (1998), resumía para el caso mexicano las distintas modulaciones de esta historia, que va de la mano con el proceso mismo de explicación y búsqueda sociológica y antropológica.

Habrá que reconocer que desde mediados de los años ochenta, la presencia de los "chavos banda" en la Ciudad de México y el reconocimiento de los "cholos" en la frontera norte del país abrió las puertas a un interés y estudio renovado por la problemática juvenil en México. Primero, de manera un tanto periodística y documental, se recogían las expresiones y manifestaciones de una realidad sociocultural propia de los barrios y colonias populares y periféricas de la gran Ciudad de México y la sugestiva presencia de nuevos rostros

juveniles en algunas regiones del país, particularmente los estados vecinos a la frontera norte del país.

Diversas obras y autores resultan paradigmáticos de este peculiar interés académico. El propio Feixa repasa libros como *¿Qué transa con las bandas?* de Jorge García Robles (1985), que mediante el repaso de biografías, se quiere presentar la realidad viva de los pandilleros de la ciudad de México. Un tanto sensacionalista y un tanto análisis sociológico, es el primero que estudia fenómenos de delincuencia y violencia psicosocial, que dominan el ámbito de las bandas juveniles urbanas. Predominan un explicación de corte criminalista y visión psicosocial del asunto. Una obra que presenta un oficio diferente es el realizado por el sociólogo Francisco Gómez Jara, *Las bandas en tiempos de crisis* (1987), donde se destacan los aspectos contestatarios y autogestivos de las bandas. Este trabajo, se basa en su estudio como "sujeto emergente", que posee una capacidad impugnadora del orden establecido. Se señala la crisis del contexto urbano como entorno frente al cuál reaccionan estos grupos, para manifestar su protesta y respuesta política alternativa. Finalmente, están los trabajos producto de la observación participante y la exploración etnográfica, que tienden a matizar la capacidad contestataria de las expresiones juveniles, al estudiar los valores religiosos de parentesco y políticos, producto de la migración campesina y que conforman una cultura tradicional al interior de los grupos marginales y sub-urbanos; la otra cara de la banda juvenil es su apego a patrones tradicionales de com-

portamiento de la sociedad mexicana, como su apego a las tradiciones religiosas católicas guadalupanas o patronales, la reproducción de la familia extensa y la construcción de redes de parentesco y amistad herederas de la comunidad rural mexicana.

Hacia finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, la multiplicidad de estudios y acercamientos a lo juvenil en México, permite construir una visión más problemática y contextual de las culturas juveniles en México. Destacan los trabajos de José Manuel Valenzuela, en ¡A la brava ése! y los acercamientos sociológicos de Sergio Zermeño, en su incursión a las colonias urbanas y populares de la ciudad de México, para caracterizar las identidades restringidas de los jóvenes pertenecientes a aquellos sectores.

En el primer autor, se destaca la creatividad del cholismo, donde frontera se convierte en un elemento catalizador del proceso de transculturalización y crisis económica, que son factores que propician la emergencia del cholismo, no sólo en las ciudades fronterizas de Tijuana y Ciudad Juárez, sino como replica y recreación en otras ciudades mexicanas. A pesar, de las condiciones desiguales y experiencias internas que le diferencian, el fenómeno del cholismo se extiende desde las ciudades de migrantes mexicanos en los Estados Unidos (Los Ángeles y San Diego), pasando por las urbes internas de México (Ciudad de México y Nezahualcóyotl) y llegando hasta Centroamérica, gracias a la migración (e inclusive la deportación), como el caso de los *maras* salvadoreños.

En México y en Estados Unidos, el cholismo sigue siendo el movimiento juvenil transfronterizo de mayor fuerza y durabilidad, que se mantiene a lo largo de los estados fronterizos del sur estadounidense y de manera importante en las regiones norte, noroccidental y centro del país (Valenzuela, 2002: 27).

Esta afirmación representa toda una forma de acercarse a la identidad y culturas juveniles contemporáneas en México. Donde diversos estudios y especialistas, se abocan a su definición y desarrollo desde el campo cultural y desde un paradigma de la acción social, donde se ponen en juego la construcción de sentidos colectivos y la conformación o preservación de campos identitarios específicos. La acción social es aquella que se realiza a partir de objetivos compartidos y colectivamente definidos. La acción social remite a una construcción colectiva de sentido por parte de los actores que en ella participan:

"Por lo tanto se diferencia de los actos de imitación o de agregado precisamente por la conformación de una visión común que orienta la participación de los individuos. Son creencias compartidas que permiten la conformación de sentido de la acción. Estas interacciones socioculturales semantizan los espacios y cargan de nuevos sentidos a las relaciones entre lo popular y lo oficial o dominante. Así surgen nuevas identidades colectivas que incorporan demandas, deseos y aspiraciones muchas veces en contraposición con esas perspectivas dominantes y masificadas" (Valenzuela, 2002: 18).

Llegamos de esta manera, a una forma de estudio particular. El análisis de la identidad juvenil dentro del campo cultural y como expresión de los conflictos sociales, más allá de los campos económico y político, como antaño solían suponerse. Se sigue considerando la expresión juvenil como ruptura o praxis divergente con la cotidianidad institucionalizada. Sus estilos, movimientos y representaciones trascienden a la adscripción laboral o generacional. Suelen ubicarse en el lado de la construcción de subjetividades colectivas (Chihu, 1999).

En vista a lo anterior, hemos pasado del estudio y revisión de las teorías de los movimientos sociales para adentrarnos ahora en la cuestión de la identidad colectiva. A nuestro entender, los estudios de la acción colectiva se han bifurcado (Chihu, 1999); por una parte los estudiosos de los movimientos sociales han analizado particularmente aquellos movimientos orientados estratégicamente, es decir aquellos que persiguen objetivos políticos tales como el incidir sobre el aparato político, y en los cuales la acción colectiva es vista de manera instrumental, como un medio para conseguir ciertos objetivos. En cambio, se han analizado poco los movimientos identitarios, que son aquellos para los cuales la misma acción colectiva se convierte en la realización de una finalidad: mantener y expresar una identidad. De ahí que también se designen como acciones expresivas y dramáticas las formas de acción colectiva que asumen. Compartimos la necesidad, de nuestro autor, en el sentido de que el estudio de los movimientos sociales

debe combinar el análisis de ambas dimensiones.

Pareciera, como si hubiese una sucesión de los estudios de la acción colectiva; primero mediante las teorías de los movimientos sociales, que se abocaron en los ochenta y noventa a registrar toda una serie de movimientos de lucha y protesta social (campesinos, trabajadores, cooperativas, urbano-populares), que decantaron en ciclos de protesta en torno a lo electoral y el campo de la lucha política; para luego pasar a los estudios sobre identidades, que mantienen y expresan ciertos grupos que se definen en torno a un referente simbólico y/o cultural (lo juvenil, lo indígena, el género, lo cultural). En fin, son dos facetas de un mismo interés teórico y metodológico, por los llamados *nuevos movimientos sociales* que tienen por objetivo "describir y analizar al conjunto de redes de interacción informales establecidas por una pluralidad de individuos, grupos y organizaciones, involucrados en torno a conflictos culturales o políticos, sobre la base de identidades colectivas compartidas" (Chihu, 1999:61).

Para el caso que nos ocupa, los estudios recientes sobre identidades y culturales juveniles, abren paso a este tipo de preocupación teórica. Con su énfasis en el estudio y registro de la experiencia colectiva de los jóvenes (las *culturas juveniles*); o bien, con su acentuación en los procesos intersubjetivos de adscripción y pertenencia (como las *identidades juveniles*); los estudios sobre el sujeto juvenil, convocan a un interés por la praxis social (Brito, 2002) de este actor en particular, en el marco de una práctica divergente o de desidentifica-

ción con los grandes objetivos y valores culturales dominantes. Es decir, que este grupo etario, además de concentrar un interés específico, dado su peso estadístico en la situación nacional mexicana, presenta una relevancia social en tanto que su conducta y presencia difiere de manera colectiva y singular del resto de la sociedad (Brito, 2002). Los jóvenes se han constituido en un sujeto social, gracias a esta "praxis divergente", que los diferencia y excluye del resto de la sociedad, debido a cambios de orden social y cultural, producto de la modernización reciente y la modernidad desprendida de este proceso.

En este sentido, los comportamientos juveniles se hacen comprensibles en su referencia a las dimensiones simbólicas de la vida social. Los jóvenes lo son en un contexto social, tecnológico, económico y cultural específico. Una experiencia que se ha venido construyendo históricamente, para cada tipo de sociedad que ha venido diferenciando una experiencia social y cultural, que rebasa lo estrictamente biológico y ahora lo estructural y simbólico. Por ello, decir que los jóvenes de ahora son más desesperanzados y apolíticos, que los jóvenes de los sesenta y setenta, no resulta del todo pertinente. Resulta peligroso, porque tal afirmación no es resultado de un análisis exhaustivo del asunto y sí, acotado a una serie de percepciones, distorsiones y estereotipos, resultantes del actual escenario de crisis de credibilidad en las instituciones políticas.

El análisis empírico de estas culturas las revela como difusas, cambiantes e informes. Las culturas juveniles, además de hacer

resistencia simbólica (un modo de actuar y mostrarse), lucha contrahegemónica y defensa de espacios culturales con autonomía relativa, son capaces de hacer presencia desde la diferencia, de vivir como outsiders (Marín, 2002: 13) en las fronteras mismas de la delincuencia, la bohemia y la negación de la norma, en coherencia con la creatividad radical de sus vidas. De ahí, el interés por el vestuario y el gusto musical, que señala una recurrente forma de estudiar las identidades juveniles, como tribus urbanas o expresiones gregarias, donde los jóvenes participan de elementos comunes sin que necesariamente existan vínculos entre ellos. Es el encuentro juvenil con la moda y las industrias culturales contemporáneas de la música y el entretenimiento.

Otra manera de ubicar su diversidad y caracterización presente, es la explicación sociológica de Sergio Zermeño, que desde una teoría de la acción social inspirada en Alain Touraine, considera que los jóvenes, al igual que otros actores sociales de la sociedad mexicana, sufren de la exclusión y la fragmentación, constituyendo identidades sociales restringidas.

CONCLUSIONES

Podemos concluir, que la variedad de estudios y tendencias señalados, no agotan el campo de los *juvenólogos* en México. Habría que rescatar infinidad de trabajos regionales y de caso, que estudian en distinta profundidad y pertinencia teórica y metodológica, el universo de las diversas identidades o culturas juveniles presentes en México y América Latina (Durstun,

1996; Fernández Poncela, 2003; García, 2004 y Jiménez, 2004). Lo que si es seguro, es que la búsqueda etnográfica y sociológica, ha conocido cuando menos tres grandes tendencias recientes en su interpretación. La primera oleada de estudios juveniles como *desviaciones sociales*, que en un esfuerzo por entender las subculturas juveniles, ponen especial atención al concepto de "desviación". Producto de una interpretación estructuralista, en su vertiente culturalista o marxista, que consideraba a lo juvenil en contraposición a lo normal —ligado al buen sentido y/o a la cultura obrera— para destacar su volatilidad y desordenamiento. Al entenderse como subculturas, se dejaba paso a visiones criminalistas y moralistas, para con prácticas y comportamientos considerados como anormales o desviadas de la vida en común.

Una segunda oleada de estudios, es considerar las *tribus urbanas*. Formas gregarias, que permiten romper distintos conceptos y compartir formas de identificación y conformación de sentido, asentados en gustos, estilos y gustos definidos por imitación. Las culturas juveniles serían agrupaciones provisionales, efímeras e inestables que proporcionan a los jóvenes que se integran en ellas un sistema simbólico y práctico que les permite soportar la presión que el sistema ejerce sobre su identidad. Una concepción propia para las sociedades hipermodernizadas de nuestro tiempo y también para los repliegues defensivos y restringidos de nuestras sociedades latinoamericanas; donde las identidades serían una suerte de refugio o guarida para pasar la tormenta social y cultural del momento. Finalmente, una tercera

concepción, es la de abordar lo juvenil desde los *nuevos movimientos políticos*, la cual considera el potencial de transformación y capacidad de resistencia política de los jóvenes. Todas las prácticas de los jóvenes se entienden en términos políticos y su inscripción en modelos organizativos, ámbitos de resistencia y canal de participación para amplios sectores juveniles en el contexto de sociedades autoritarias, cerradas y en crisis (Calderón, 1995: 78). Cada concepción posee sus claroscuros. Es decir, puede volver relevantes ciertos elementos de la experiencia juvenil, pero también puede olvidar algunos otros donde también tiene lugar la praxis social de los jóvenes.

La idea es la de no parcializar nuestras miradas a lo juvenil, sino permitir la polifonía de la experiencia juvenil contemporánea. Permitirnos un análisis global de la juventud, como Carles Feixa nos sugiere, modelo capaz de explicar no sólo la desviación y el rechazo, sino también la convención y el consentimiento. En la medida en que no vemos la identidad como problema, ni como eje único para caracterizar a las culturas juveniles, guardamos distancias. A la manera de Marta Marín y Germán Muñoz:

"Preferimos asumir el enfoque de la construcción de subjetividades individuales y colectivas, en medio de condiciones difíciles, e incluso adversas, las cuales, siendo determinantes, no inhiben su capacidad creativa" (Marín, 2002: 16).

Tomando en cuenta, las advertencias del caso. El mismo Feixa, de nuevo nos señala: que los estudios de las identidades ju-

veniles en México, han tendido a menospreciar su riqueza y pluralidad. El estudio de lo *marginal* se ha impuesto sobre el estudio de lo *normal*; lo metropolitano es preferido sobre lo provinciano: trabajar desde el mundo de las matris sigue siendo una tarea pendiente. El universo de lo juvenil, no está agotado en una concepción o categoría, ni en un solo estudio o investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- Brito Lemus, Roberto (2002), "Identidades juveniles y praxis divergente; acerca de la conceptualización de juventud" en Alfredo Náteras Domínguez (coord.) *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, México, Porrúa, UAM-Iztapalapa, pp. 43-60.
- Calderón, Fernando (1995), *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en Latinoamérica*, México, Siglo XXI-UNAM.
- Castillo Berthier, Héctor (2002), "De las bandas a las tribus urbanas. De la transgresión a la nueva identidad social" en *Desacatos*, núm. 9, México, CIESAS, pp. 57-71.
- Chihu Amparán, Aquiles (2000), "Nuevos movimientos sociales e identidades colectivas" en Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, año 19, núm. 47 (extraordinario), México, División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM, pp. 59-70.
- Durston, John (1996), "Limitantes de ciudadanía entre la juventud latinoamericana" en *Revista Iberoamericana de Juventud*, núm. 1, Madrid, Organización Iberoamericana de Juventud.
- Feixa, Carlos (1998), *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, Colección Jóvenes núm. 4, México, SEP-Causa Joven.
- Fernández Poncela, Ann M. (2003), *Cultura política y jóvenes en el umbral del nuevo milenio*, Colección Jóvenes, núm. 12, México, coeditado por el Instituto Mexicano de la Juventud, Instituto Federal Electoral y Secretaría de Educación Pública.
- García López, Ricardo (2004), "La música como construcción de la identidad" en *Ciudades, Juventud, cultura y territorio*, núm. 63, Puebla, Red Nacional de Investigación Urbana, pp. 17-21.
- Heller, Ágnes (1989), "Existencialismo, alineación, postmodernismo: los movimientos culturales como vehículos de cambio en la configuración de la vida cotidiana" en Ágnes Heller y Ferenc Fehér, *Políticas de la postmodernidad*, Ensayos de crítica cultural, Barcelona, Península/Ideas, pp. 232-247.
- Jiménez Guzmán, Héctor (2004), "La ciudad como enemigo: el punk otomí-toluqueño" en *Ciudades, Juventud, cultura y territorio*, núm. 63, julio-septiembre, Puebla, Red Nacional de Investigación Urbana, pp. 22-28.
- Jóvenes e instituciones en México, 1994-2000. Actores políticos y programas* (2000), México, coeditado por el Instituto Mexicano de la Juventud y Secretaría de Educación Pública.
- Maffesoli, Michel (1990), *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*, Barcelona, Icaria.
- Marín, Martha y Germán Muñoz (2002), *Secretos de mutantes. Música y creación en las culturas juveniles*, Colombia, Universidad Central-DIUC.
- Navarrete, Emma Liliana (2003), *Los jóvenes en el Estado de México. Un análisis a partir de su propia concepción. Encuesta Nacional de Juventud 2000*, México, Secretaría de Educación Pública e Instituto Mexicano de la Juventud.

- Pérez Tornero, José Manuel, Pere-Oriol Costa y Fabio Tropea (1996), *Tribus Urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Paidós, Barcelona.
- Reguillo, Rossana (1997), "Entre la diversidad y el escepticismo: jóvenes y cultura política en México" en Jaime Castillo y Elsa Patiño (coords.) *Cultura política de las organizaciones y movimientos sociales*, México, coedición por La Jornada, CICYH/UNAM.
- Sánchez P., Marcelo (1992), "Precarización del empleo y actores sociales. Estado, empresarios, sindicatos y trabajadores jóvenes en América Latina", en *Nueva Sociedad*, núm. 117, Venezuela, pp. 120-130.
- Sandoval, Mario (2000), "La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación social y política de los jóvenes" en Sergio Balardini. (comp.), *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Argentina, CLACSO-ASDI (Agencia Sueca de Desarrollo Internacional), pp. 147-164.
- Saraví, Gonzalo A (2004), "Juventud y violencia en América Latina. Reflexiones sobre exclusión social y crisis urbana" en *Desacatos*, núm. 14, México, CIESAS, pp. 127-142.
- Teixeira Coelho, José (1999), "Cultura y política de los jóvenes" en Saul Sosnowski y Roxana Patiño (comps.) *Una cultura para la democracia en América Latina*, México, UNESCO-FCE, pp. 193-205.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2002), "De los pachuchos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos" en Carles Feixa, Fidel Molina y Carles Alsinet, *Movimientos juveniles en América Latina. Pachuchos, malandros, punketas*, España, Ariel, pp. 11-34.
- Zermeño, Sergio (1998), *La sociedad derrotada: el desorden mexicano de fin de siglo, Siglo XXI*, México.
- Zubillaga, Verónica y Roberto Briceño-León (2001), "Exclusión, masculinidad y respeto. Algunas claves para entender la violencia entre adolescentes en barrios" en *Nueva Sociedad*, núm. 173. Venezuela, pp. 34-48.